

En este apartado debe señalarse como nota original y muy favorable para la comprensión de esta visión de carácter intelectual que la obra no sólo recopila la obra de estos autores, sino que la incardina y contextualiza en el marco social y, especialmente, político de España y Europa. Así, en cada capítulo estas notas se alternan con referencias específicas a la relación de España con el resto de Europa. De esta forma, de igual modo a como evolución la visión de Jovellanos y Feijoo hasta llegar a los políticos de la época franquista, el papel de España se modifica desde su rol en el Congreso de Viena, en las sucesivas alianzas internacionales anteriores a la I Guerra Mundial o en su petición de reconocimiento internacional tras la autarquía de los primeros años del franquismo. Esta posición mudable, evidentemente, implica un significado diferente del concepto europeísmo en cada momento y de lo que representaba para nuestro país. Es en este contexto donde mejor se comprenden las críticas a la obra de autores de reconocido prestigio a que hacíamos referencia más atrás.

En este rol de España hacia Europa el autor señala diversas perspectivas o intencionalidades que, en general, intentan encontrar en Europa componentes de ámbito ideológico y cultural que permitan a España recuperar una posición de prestigio, bien adaptando estos ideales a su estructura política e institucional o bien desde un punto de vista más cultural y educativo. No obstante, esta visión hasta cierto punto simplificada del significado de Europa cuenta con matices de gran interés que el autor recoge fielmente en su obra.

Así, resulta interesante ver como para muchos autores del siglo XIX la inserción de España en Europa pasaba por movimientos iberistas que, con la unión de intereses con la vecina Portugal, garantizarán una posición de cierta fortaleza frente al exterior. Igualmente, cabe destacar los autores que a lo largo del siglo XX y hasta los años cuarenta no sólo no rechazan el pasado contrarreformista de nuestro país, sino que abogan por una reformulación de los valores cristianos y humanísticos como tamiz necesario a la hora de recibir los influjos benefactores venidos del otro lado de los Pirineos.

Este interés en Europa quedará plasmado en el largo camino que recorrerá España hasta su integración en la CEE en 1986, recorrido que el

autor ha tratado ampliamente a lo largo de su obra y que aquí sintetiza llevándolo no sólo a su culminación, sino vinculándolo con la evolución posterior desde ese momento al último Gobierno presidido por Rodríguez Zapatero.

Sin duda, se trata de una obra de síntesis de gran valor divulgativo por la claridad de su lenguaje recogiendo, en muy pocas páginas, gran abundancia de datos, fechas y personajes que, presentados de forma sistemática y ordenada, ayudan al lector no sólo a comprender el recorrido histórico, sino a formular su propia visión de lo que debe significar el europeísmo en la compleja actualidad que nos rodea.

Rodríguez Barreira, Óscar, *Pupitres vacíos. La escuela rural de post-guerra. Almería, 1939-1953*. Almería, IEA, 2015, 203 pp.

Por Gloria Román Ruiz
(Universidad de Granada)

Pese a haber sido abordado en múltiples ocasiones y desde muy distintos ángulos, el tema de la educación durante el franquismo sigue manteniendo todo su atractivo. El último libro de Óscar Rodríguez Barreira aborda la cuestión desde una perspectiva *desde abajo*, ofreciendo interesantes respuestas acerca de la que habría sido la realidad cotidiana de la escuela almeriense en los días de la posguerra. *Pupitres vacíos* viene a subrayar, ya en el propio título, la que para el autor es la principal característica de aquella realidad: el absentismo tanto de maestros como de alumnos como resultado directo de la miseria que durante los años cuarenta se ensañó con la provincia de Almería.

No se puede abordar un tema como éste sin referirse a la depuración del magisterio, cuestión a la que el autor dedica un primer capítulo en el que hace hincapié en algo que, *a priori*, podría resultar sorprendente: el hecho de que no habrían sido demasiados los maestros identificados con las ideas republicanas. Al igual que todos los procesos represivos de posguerra, la depuración – que obedeció no solo a razones políticas sino también a otras de índole moral y que tuvo un marcado componente de género- estuvo mediada por las dinámicas locales, a decir, los intereses personales y los contactos con el poder que marcaron el camino de los convecinos hacia la solidaridad o hacia la denuncia, así como la suer-

te de los procesados. Tal y como apunta el autor, los grandes vencedores de la guerra civil en las aulas fueron aquellos “colocados” en el lugar de los apartados. Se estaba repartiendo el “botín de la victoria”, y eso iba a tener mucho que ver con la desidia mostrada por algunos de ellos en el ejercicio de su profesión.

No obstante, tras esa dejadez de funciones operaba con fuerza la realidad de unas viviendas y de unas escuelas en pésimas condiciones de habitabilidad. En algunas, como en la de Vélez Blanco, era realmente difícil concentrarse en la lección por culpa de las “emanaciones pestilentes” procedentes de las cuadras de las casas vecinas. Además, el raquítrico salario que cobraban hizo que aquello de “pasar más hambre que un maestro de escuela” cobrase pleno sentido en esos años. Isabel García aún recuerda la vez en que le desaparecieron unas bellotas “y luego se vio que había sido la profesora”. Sin embargo, en ocasiones las quejas de los maestros en este sentido no eran mas que excusas para dar esquinazo a un destino rural aislado, mal comunicado y, en definitiva, poco apetitoso, sobre todo para los que procedían de la capital.

Pero en aquella escuela rural de posguerra no eran los maestros los únicos absentistas. Los alumnos, especialmente los más pobres, no iban (o dejaban pronto de ir) a la escuela para contribuir con su trabajo a la economía familiar en tiempos de terribles estrecheces. Como explica Rodríguez Barreria, no se trataba de incultura o de desinterés por parte de los progenitores, tal y como esgrimían en tono acusatorio unas autoridades que los castigaban con multas y detenciones, sino de garantizar una subsistencia que de otra forma se hubiera visto comprometida. El hecho de que las clases nocturnas puestas en marcha en algunos pueblos se llenasen viene a corroborar esa idea. Sin embargo, el poder franquista, ciego e insensible hasta el extremo, persiguió aquella educación extraoficial que, pese a ajustarse mejor a los horarios y a las necesidades de la gente del campo, escapaba a su control.

El desinterés del franquismo por la educación de las clases populares era manifiesta. El régimen no hizo prácticamente nada para mejorar la situación y, cuando lo hizo -construyendo nuevas escuelas que vinieran a remediar el pésimo estado de las infraestructuras o apostando por las cam-

pañías de lucha contra el analfabetismo-, quedó muy lejos de cubrir las necesidades reales de la población en este ámbito. Ésta, por su parte, no siempre se quedó impasible ante aquel estado de cosas, sino que en ocasiones hizo llegar sus quejas a las autoridades en forma de cartas colectivas de protesta en las que, con el fin de multiplicar sus probabilidades de éxito, utilizaba inteligentemente el propio lenguaje y discurso franquistas.

Pupitres vacíos recrea una realidad escolar clasista y segregadora que buscaba hacer de los niños auténticos “caballeros” y de las niñas, mujeres “buenas y sumisas”. La voluntad de adoctrinar a los escolares en el nacional-catolicismo y, aunque en menor medida, en el nacional-sindicalismo llevó el espíritu religioso y patriótico al interior de las aulas. De aquella cotidianeidad “absolutamente cargada de ideología” pasaron a formar parte las oraciones, el saludo con el “Ave María Purísima”, e incluso las visitas del sacerdote local.

Para ofrecer todas estas respuestas el autor se basa en fuentes archivísticas y bibliográficas y, sobre todo, en entrevistas y cuadernos de escuela -bastante novedosos como fuente histórica- que aportan una visión más pegada a la cotidianeidad y que permiten aproximarse a una cuestión clave: ¿Hasta qué punto penetró el discurso franquista en las mentes de aquellos escolares que entonaban el Cara al Sol, rezaban y copiaban dictados con consignas patrióticas? Según Rodríguez Barreira, tan solo una minoría lo habría interiorizado.

En definitiva, para el autor de este libro el mundo escolar de posguerra se define, por encima de cualquier otra cosa, por el absentismo de maestros y de alumnos, así como por la miseria que lo alimentaba. Y es que por delante de la formación escolar estaba la subsistencia física. En efecto, el *primum vivere* llevó a la “total desaparición de los niños pobres de las aulas” ocupados como estaban en trabajar en el campo, cuando no pidiendo limosna o delinquiendo. Y todo ello era especialmente cierto en el caso de los procedentes de familias represaliadas tras la guerra.

La facilidad con que el lector pasa las páginas de *Pupitres vacíos* -gracias a una cuidada redacción que no renuncia a símiles y a metáforas, y a la utilización de fuentes de gran atractivo-, lo con-

vierte en un libro que, no solo pretende, sino que consigue ser apto para cualquier persona interesada en acercarse a la realidad cotidiana de la escuela franquista de posguerra, traspasando así el ámbito de interés del mundo estrictamente académico.